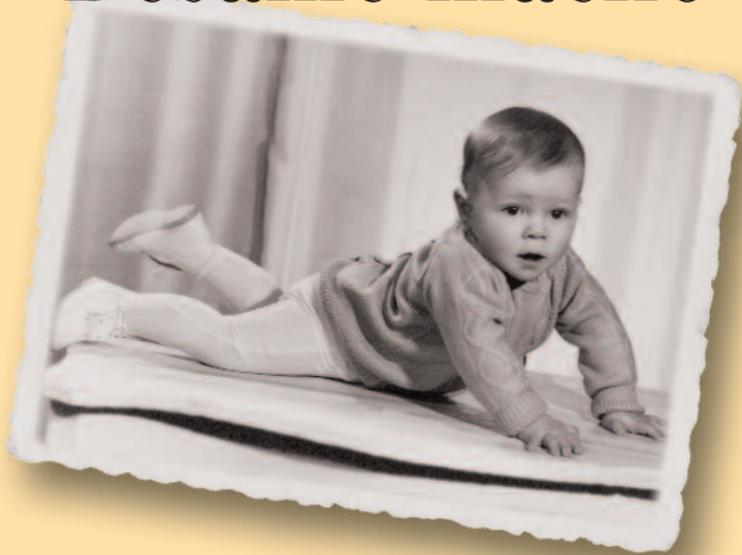


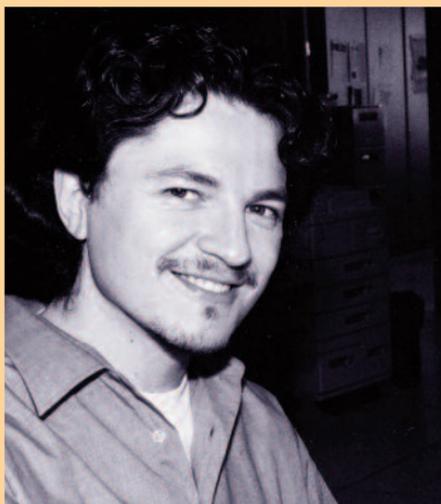
Pedro Manuel VÍllora

# Bésame macho



PREMIO NACIONAL DE TEATRO CALDERÓN DE LA BARCA 2000





## **PEDRO MANUEL VLLORA GALLARDO**

Nació el 13 de Junio de 1968 en La Roda (Albacete). Colabora en ABC como crítico literario y teatral, y ha trabajado como periodista y editor (Espasa Calpe, Planeta, Destino, Egales, Seix Barral, Plaza & Janés...)

Ha publicado el libro de relatos *Por el amor de Ladis* (2000) y ha colaborado con Sara Montiel en la escritura de *Memorias. Vivir es un placer* (2000). Es autor de sendos estudios literarios sobre Terenci Moix (*La noche no es hermosa*, 1994) y Ana María Matute (*Casa de juegos prohibidos*, 1997), coordinó el coleccionable *La gran historia del Cine* (1995-97), y está incluido en diferentes antologías poéticas.

Ha dirigido textos de Álvaro del Amo, Ignacio Amestoy, Charo González y Alfred de Musset, y ha realizado la dramaturgia de *Cervantes tiene 25 años. 25 acciones teatrales* (2001). Entre sus obras se incluyen *Las cosas persas* (Premio Rojas Zorrilla 1997), *Amado mío o la emoción artificial* (Premio Ciudad de Alarcón 1999), *El ciego de Gondar*, *El eclipse de un dios* y *La misma historia*

**Bésame  
macho**

Pedro Manuel Vllora

# Bésame macho



PREMIO NACIONAL DE TEATRO  
CALDERÓN DE LA BARCA  
2000



Centro de Documentación Teatral



MINISTERIO  
DE EDUCACIÓN,  
CULTURA Y DEPORTE

INSTITUTO NACIONAL  
DE LAS ARTES  
ESCÉNICAS  
Y DE LA MÚSICA

Primera edición: mayo 2001

© Pedro Manuel Villora Gallardo, 2001

© *De la presente edición:*

Centro de Documentación Teatral  
Torregalindo, 10. 28016 Madrid

*Diseño y maquetación:*

Vicente A. Serrano / Esperanza Santos

Impreso en España - Printed in Spain

A.G. Luis Pérez, S. A.

Algorta, 33 - 28019 Madrid

Dep. Legal: M. 21.412-2001

I.S.B.N.: 84-87583-48-2

NIPO: 184-01-030-9

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, incluido el diseño de la maqueta y la cubierta, su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros medios, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

---

## A manera de prólogo

**P**edro Manuel Villora ha bajado a los infiernos. Es una tentación casi irresistible en la que caen —por favor, utilicemos el verbo en su sentido meliorativo— casi todos los escritores. O el abismo está en los otros (Sartre) o en nuestra propia destrucción (Rimbaud). En cualquier caso, la autopsia del yo nos fascina. No se trata sólo de averiguar qué hacemos aquí, sino si merecemos el castigo de haber llegado. En otras palabras: ¿Qué hemos hecho para descender tan bajo? ¿Quiénes somos? ¿Qué animal nos ha engendrado tan abrumadoramente hostiles? Y, sobre todo, ¿a quién hemos de parir con salvaje entusiasmo? A estas elementales preguntas intenta responder el autor de *Bésame macho* con geométrica desesperación.

Debo confesar que la obra me atrapó antes de iniciar su lectura. Tal vez fuese la brutal agresividad de su título. Quizás la provocativa desnudez –la no existencia– de acotaciones. El escritor se niega a describir el espacio en donde va a desarrollarse el invisible argumento y pasa de una cita de Néstor Lombida a la iniciación del diálogo entre dos personajes que llevan nombre de mujer, aunque puede que no lo sean. ¿Dónde estamos, si es que estamos en alguna parte? Ciertas frases del texto parecen sugerir un imaginario bar o café. Tal vez me equivoque. Puede que todo sea una trampa para que el autor se divierta con mi equivocación. ¿Quiénes son los clientes de este intangible lugar sin mesas, sin sillas y sin lámparas? Tampoco hay camareras detrás de la barra sirviendo inadecuadas bebidas. Ni un caballero leyendo el diario frente a una ventana. Ni una señorita con las piernas entreabiertas esperando o temiendo una improbable violación. Nada. Nadie. Sólo dos personajes que, con un poco de suerte, aspiran a ser personas. Y que hablan, se hurgan y se interrogan –como advierte el autor– "innecesariamente". Algo huele a puerta cerrada en la atmósfera hasta hacerla casi irrespirable. Quizás la llave de esa puerta la tenga Samuel Beckett. O Harold Pinter. O Genet, sobre todo Genet, que se la metió en un bolsillo para perderla en algún tugurio marino jugando-sela a los dados con Koltès.

Pedro Manuel Villora se sitúa y nos sitúa en el inquietante mundo de la ambigüedad. No sólo en la sexual –eso sería obvio– sino en la esencial. ¿Existen sus dos protagonistas? Y, en caso negativo, ¿sería imprescindible que existieran? No importa. Lo determinante es que hablan insistentemente y sus palabras transforman los objetos convirtiéndolos en ideas. Un sutil caso de travestismo que huye de la propia evidencia del tema que afronta. Villora sabe que la buena literatura sugiere pero no explica. Por eso huye continuamente y, cuando parece que va a decidirse a contarnos el secreto de Helena y Clara, se refugia en la repetición de las situaciones –¿a la manera de Robbe-Grillet en *El año pasado en Marienbad*?– para mantener el misterio de lo que debería ocurrir, pero no ocurre. Es una técnica de la que resulta imposible desprenderse y que mantiene al lector en un arriesgado equilibrio. Porque uno quisiera conocer más, averiguar más, comprender mejor. Pero Pedro Manuel Villora no quiere, porque ha crecido –como yo– en el territorio de lo enigmático y acepta que la Esfinge no conteste porque carece de respuestas. El autor insiste: todos interrogamos innecesariamente mientras mantenemos una indagación innecesaria. ¡Quién sabe si por este motivo se hace necesario conocer esta obra!

**Adolfo Marsillach**

# Bésame macho

**a quien no pide nada**

*Tè quise con alma de niño  
y tan grande fue mi cariño  
pero ¿qué se puede esperar  
si al fin eres mujer  
y no tienes alma  
para querer?*

Néstor Lombida  
*Alma de mujer*

(cantado por Laíto Sureda  
y su sonora)



---

HELENA: No, por favor, no insista. No vuelva a hacerme esa pregunta. Me incomoda innecesariamente y ya le he dicho que no tengo ninguna respuesta para eso, y desde luego no pienso preparar una sólo por darle gusto a usted. Cuando tenga una decisión tomada se lo diré, pero no antes, así que no se esfuerce en vano y, sobre todo, no me fuerce a mí.

CLARA: No me gusta la gente con tantos secretos.

HELENA: ¿Me está juzgando?

CLARA: Me limito a ser sincera. Si usted está incómoda conmigo, a mí me desagrada que me vengan con

misterios y actitudes poco claras. ¿Acaso se las da usted de algo?

HELENA: Sí, ya veo que me juzga. Pero no crea que la culpo. Sé que he sido yo la que se ha equivocado. Y no me refiero a equivocarme con usted, ahora. Mi error viene de lejos, pero ese es un tema que no viene al caso.

CLARA: ¿Lo ve? Eso es justo lo que quiero decir: “Mi error, ¡oh!, un tema que no viene al caso”. ¿Por qué se cree tan importante? No, en serio, ¿por qué se cree tan importante?

HELENA: He olvidado su nombre.

CLARA: Lo recuerda perfectamente, Helena.

HELENA: Lamento mucho este malentendido, Clara; prometo no molestarla más.

CLARA: He venido sola.

HELENA: ¿Usted?

CLARA: ¿Le extraña? He venido sola. Sola. Lo prefiero así.

HELENA: ¿Espera a alguien?

CLARA: No me pregunte. No, no espero a nadie. Nunca espero a nadie. Espero a alguien, sí, pero no sé a quién.

HELENA: Nunca.

CLARA: A nadie. Por lo menos, a nadie conocido.

HELENA: ¿Y a alguien como yo?

CLARA: Usted no es nadie. Nunca lo ha sido. No lo es ahora; nunca lo será.

HELENA: ¿Pretende hacerme daño?

CLARA: Las personas como usted son duras, invulnerables. Nada les duele, ni les afecta.

HELENA: ¡Invulnerable! Qué palabra tan extraña.

CLARA: ¿Me creía estúpida, ignorante?

HELENA: Joven. La creía, y la creo, joven. Yo no tengo mucho contacto con ustedes, pero me dicen que los jóvenes de ahora no son como los de antes.

CLARA: Mucho cuidado con lo que dice. Yo no soy “un” joven. Si acaso soy “una” joven. Una, y no uno; ¿estamos?

HELENA: Me llama misteriosa, pero conoce las trampas del lenguaje mejor que yo.

CLARA: Me molesta que me confundan.

HELENA: Me temo que le molestan demasiadas cosas. Más de las que puedo recordar.

CLARA: Usted sabe mi nombre y yo conozco la palabra invulnerable. Estamos a la par.

HELENA: También sé que usted es mujer.

CLARA: ¿Lo ve? Ahí tiene algo que no me molesta.

HELENA: Ante todo, mujer.

CLARA: Y no espere otra cosa de mí.

HELENA: Nunca espero nada de nadie. No antes de conocerlo... o conocerla.

CLARA: ¿Por qué se ha sentado a mi lado si no esperaba nada?

HELENA: Pura casualidad.

CLARA: Había más sitios vacíos, mesas libres. Todavía las hay.

HELENA: Me gustaba esta.

CLARA: ¿Le gustaba?

HELENA: Me senté sin pensar.

CLARA: ¿Nunca piensa lo que hace?

HELENA: No siempre.

CLARA: ¿Ni lo que dice?

HELENA: No siempre.

CLARA: ¿Es usted tonta, inocente o espontánea?

HELENA: A veces todo a la vez.

CLARA: Y a veces nada.

HELENA: ¿Me lo tomo como un insulto o como un halago?

CLARA: No sé. No lo he pensado.

HELENA: ¿Por qué lo prefiere?

CLARA: ¿Venir sola?

HELENA: Sí.

CLARA: No quedar. No estar pendiente de una llamada, una insinuación, una cita provocada. No ir al sitio al que no quieres ir pero no lo dices por no montar una escena. No montarla cuando estás allí y, efectivamente, te disgusta. No vestirse con su ropa favorita. No reírle sus gracias. No escuchar cómo elogia tu rostro, cuerpo, figura, cuando sabes que le da igual una que otra. No tener que explicar que no fumas si te ofrece. No aguantar su olor a gomi-na, a loción, a sudor; el aliento que se acerca, se te echa encima, que quisiera fundir, confundir con el tuyo. No soportar el asco de una nuez protuberante, de unas manos con pelo; el roce casual de la pierna, de la bragueta. Si estás sola, él no está. Si vienes sola, tú eliges, y eliges estar sola, estar mejor.

HELENA: También yo estoy sola.

CLARA: Ya se ve.

HELENA: ¿No te interesa mi historia?

CLARA: ¿Acaso ahora me la va a contar?

HELENA: Te entiendo perfectamente.

CLARA: ¿Hablamos de su vida o de la mía?

HELENA: Me alegra que creas que estamos hablando.

CLARA: No sea torpe. Llevamos mucho rato haciéndolo aunque no digamos nada, y eso que yo he dicho mucho sobre mí.

HELENA: Tampoco a mí me gustan los hombres.

CLARA: Yo no he dicho que no me gusten. He dicho que me dan asco.

HELENA: ¿Te gusto yo?

CLARA: No parece un hombre.

HELENA: No lo soy.

CLARA: Tampoco he dicho que me gusten las mujeres.

HELENA: ¿Quién habla de las mujeres? Hablo de mí.

CLARA: ¿De verdad se ha sentado aquí por casualidad?

HELENA: No.

CLARA: Estoy embarazada.

HELENA: Eso creía.

CLARA: Me he acostado con un hombre.

HELENA: Ya lo supongo.

CLARA: No lo haré nunca más.

HELENA: En eso somos iguales.

CLARA: Me encanta su tono de pelo.

HELENA: No es natural.

CLARA: Y tiene un cutis perfecto.

HELENA: Eso es cosa de esta luz y una fortuna en cremas.

CLARA: ¿Qué edad tiene usted?

HELENA: Más que tú, si puedo decirlo.

CLARA: ¿Está embarazada?

HELENA: Mucha más edad que tú.

CLARA: La suficiente.

HELENA: ¿Suficiente para qué?

CLARA: Para estar libre.

HELENA: Quien esté libre de pecado...

CLARA: Arrójemela.

HELENA: No tengo.

CLARA: Lo primero que esté a su alcance. Un cubito de hielo, un vaso.

HELENA: No estoy bebiendo.

CLARA: ¿Viene a un sitio así y no bebe?

HELENA: No quiero hacerte daño.

CLARA: Entonces, ¿por qué me habla? ¿Por qué se sienta ahí y me da conversación? ¿Por qué se ha fijado en mí? ¿Por qué no se va con otra, a charlar con otra?

HELENA: No quiero hacerte daño.

CLARA: ¿Por qué me tutea?

HELENA: No la tuteo.

CLARA: Sí me tutea.

HELENA: Sí, la tuteo, pero no a usted, que es vieja y rencorosa y amargada, sino a ti, a tu vientre, que es parte de mi vida, que está lleno de mi vida; que es

tuyo, no me lo digas, ya lo sé, pero que es un poco mío también.

CLARA: ¿Por qué todas dicen lo mismo?

HELENA: ¿Todas?

CLARA: ¿Por qué vienen aquí cada noche, todas ustedes, una tras otra, se sientan en la misma mesa y dicen las mismas cosas? ¿Por qué no se conforman con lo que tienen? ¿Por qué no les basta con sus propias hijas y pretenden quedarse con las hijas de otras? ¿Por qué me siguen, me molestan? ¿Qué les he hecho? Yo no soy nadie, no soy importante, no las conozco, no sé nada de ustedes, no sé quién es usted. Váyase de aquí, déjeme en paz, olvídeme, olvídenme.

HELENA: ¿Le gustaría ser una de nosotras?

CLARA: No.

HELENA: Usted no nos conoce.

CLARA: No.

HELENA: No sabe quiénes somos.

CLARA: Ni lo sé ni me importa.

HELENA: ¿Por qué dice cosas de las que luego se va a arrepentir?

CLARA: ¿Es una amenaza?

HELENA: Es un hecho; cuando esté con nosotras recordará esta conversación con simpatía, y hasta le hará gracia la ingenuidad... no, la ignorancia con que ahora se expresa.

CLARA: ¿Sabe cuántas veces me han hecho proposiciones?

HELENA: Pero ninguna parecida.

CLARA: ¿Sabe cuántas veces aparece alguien que quiere llevarte a su terreno?

HELENA: Mi terreno es el suyo.

CLARA: ¿Sabe cuántas veces hay que aguantar a gente que dice que te comprende perfectamente, y que finge interesarse por ti y entender todo lo que te pasa, lo que piensas y hasta lo que temes que ocurra si no haces algo para remediarlo?

HELENA: Yo soy diferente. Y usted también.

CLARA: No, no lo soy. Y usted tampoco.

HELENA: No se engañe, y recuerde que está hablando con una mujer. ¿Cómo podría hacerle daño a una de nosotras?

CLARA: Estoy muy acostumbrada a que sólo se quiera una parte de mí.

HELENA: Aunque así fuese, una parte de usted es también usted. Pero no se preocupe; lo único que pretendo de usted, lo que le ofrezco, es devolverla a su lugar.

CLARA: ¿Del que no debí salir?

HELENA: Al que siempre puede regresar. ¿De qué otro sitio puede decirse lo mismo?

CLARA: De aquí.

HELENA: ¿Bromea?

CLARA: Vengo cada noche.

HELENA: ¿Y cuánto tiempo más podrá seguir haciéndolo?

CLARA: Volveré mañana.

HELENA: Y pasado, si quiere. No se lo impido.

CLARA: ¿Acaso podría?

HELENA: ¿Quiere ponerme a prueba?

CLARA: ¿Me está probando a mí?

HELENA: ¿Usted qué cree?

CLARA: ¿Y qué tal lo hago?

HELENA: ¿Usted qué cree?

CLARA: Que no está segura de recordar las reglas del juego.

HELENA: Póngame a prueba.

CLARA: ¿Para qué? Las inventaría sobre la marcha.

HELENA: A las mujeres nos falta fantasía, pero nos sobra imaginación.

CLARA: Y espíritu práctico.

HELENA: Y dotes de estrategia.

CLARA: Y capacidad de sacrificio.

HELENA: Y carácter vengativo.

CLARA: Y ánimo de mando.

HELENA: E instinto de supervivencia.

CLARA: E intuición femenina.

HELENA: ¿Qué intuye?

CLARA: Una emboscada. Cuento tres.

HELENA: Descríbalos.

CLARA: El primero es alto. Musculoso. Pero falso: formado en un gimnasio. Tiene el pelo corto, rapado; sobre todo en la nuca. Tatuaje, perilla, otro tatuaje, uno más. Un arete en cada oreja, y en la nariz, y dos

mayores en los pezones, y en el ombligo, y una bolita en la punta de su cosa asquerosa.

HELENA: ¿La amenaza?

CLARA: Eso cree él, pero sólo es un peligro para sí mismo.

HELENA: El segundo.

CLARA: El segundo es diferente, pero no mejor. Piel blanca, muy pálida; no como el primero, que es moreno. Pelo largo, rubio, y ojos claros.

HELENA: Como usted.

CLARA: No; como yo, no. Tiene el cuerpo descuidado, blando, aunque no gordo. Suda y tiene el culo sucio, aunque sus maneras sí parezcan cuidadas y esté lleno de poses. No se lo ha cortado, pero tampoco se lo limpia, y conserva un rastro blancuzco y reseco como las coronas de los muertos.

HELENA: Si tienes algo en el guardarropa, un abrigo, una chaqueta, esperaré a que lo recojas.

CLARA: No voy. No he terminado.

HELENA: Ya he oído bastante por hoy.

CLARA: Falta una descripción.

HELENA: Blando aunque no gordo. Culo sucio. Ama-

nerado. Prepucio íntegro y en precario estado de limpieza.

CLARA: Escucha a la perfección, pero sólo lo que quiere. Queda uno más, el tercero.

HELENA: Uno rubio y otro moreno. Seguro que este es pelirrojo, si bien ligeramente calvo; con pecas, mal aliento, manchas en las manos, nalgas fofas. Eyaculador precoz, por supuesto, si es que no impotente o incluso poseedor de un micropene. No es tan difícil describir a un hombre.

CLARA: ¿Y si no es un hombre?

HELENA: Ha de serlo. Se trata de una emboscada.

CLARA: Podría ser una mujer.

HELENA: El enemigo son ellos. Nosotras somos sus víctimas, y estamos aliadas.

CLARA: Supongamos que se trata de una traidora.

HELENA: O se es traidora o se es mujer. Son términos incompatibles.

CLARA: En tal caso, un infiltrado.

HELENA: Cualquier hombre es ridículo de por sí, pero haciendo de mujer se vuelven más grotescos si cabe. Ninguno nos engañaría.

CLARA: Me ha convencido. El tercero no era mujer.

HELENA: ¿Lo ves? Podemos irnos.

CLARA: Pero aún no lo he descrito.

HELENA: Muy bien. Adelante con él.

CLARA: ¿Seguro?

HELENA: ¿Cree que tengo miedo?

CLARA: No he hablado de miedo.

HELENA: ¿O que tengo algo que ocultar?

CLARA: Usted se lo dice todo. Yo sólo le repito que no me gustan los misterios.

HELENA: Pues descubramos el último velo. Ardo en deseos de conocer al tercer emboscado. Por favor, hábleme de él.

CLARA: Si insiste.

HELENA: Se lo ruego.

CLARA: El tercer hombre no es moreno como el primero, ni rubio como el segundo, ni tampoco es pelirrojo y medio calvo como aventuré antes. El pelo del tercer hombre es blanco, acaso plateado.

HELENA: Un anciano.

CLARA: O un albino.

HELENA: ¿El tercero es albino?

CLARA: No; es anciano.

HELENA: Sorprendente. Siga.

CLARA: Tiene manchas en las manos. Sí, ya lo sé, no me lo diga: como el pelirrojo, pero no es pelirrojo. Tiene una barba escasa, dejada y mal afeitada. No es la barba retocadísimamente desaliñada del que pretende fingir que no le importa su aspecto. No es tan evidentemente convencional, pero no por eso es mejor. Es mugrienta, mugriento, lleva restos de comida, babas mal enjugadas, pantalones malolientes con delatores cercos. El tercer hombre no controla sus válvulas, sus esfínteres. Se lo hace encima. Su náusea se pudre bajo un lodo de orín.

HELENA: ¡Agh!

CLARA: Se está poniendo pálida.

HELENA: Me mareo.

CLARA: Estese quieta. No se revuelva.

HELENA: Necesito aire. Voy a vomitar.

CLARA: No se levante y agache la cabeza. Colóquela entre las piernas. Eso es. Tranquila. Verá cómo enseñada se le pasa.

HELENA: Me laten las sienes. Golpean.

CLARA: No pasa nada.

HELENA: Estoy sudando.

CLARA: Los hombres y las bestias sudan. Las mujeres transpiran.

HELENA: No me haga reír.

CLARA: Bastará con que sonría. ¿Está ya bien?

HELENA: Mejor. Me siento mejor.

CLARA: ¿Le sucede a menudo?

HELENA: No. Nunca. No sé qué habrá podido ser.

CLARA: A mí sí.

HELENA: ¿A usted?

CLARA: Por lo menos ahora. Recuerde...

HELENA: ...que está embarazada. Es verdad.

CLARA: No lo habría olvidado.

HELENA: No, pero lo había dejado de lado. Y es raro.

CLARA: ¿Por qué?

HELENA: Su embarazo me ha traído aquí.

CLARA: Ya. Eso mismo dicen todas.

HELENA: ¿Sí?

CLARA: Sí. Supongo que les falta inventiva, o quizá es que hablan en serio.

HELENA: Es en serio. Muy en serio. Al menos yo.

CLARA: Usted lo conoce.

HELENA: No. ¿A quién?

CLARA: Usted lo conoce. Es su madre. Ha venido por eso.

HELENA: Cállese.

CLARA: No me toque.

HELENA: ¿Por qué se pone así?

CLARA: Es usted sucia. Lo ha llevado en su vientre. Ha vivido con él. Se ha manchado de él.

HELENA: ¿Cómo puede pensar eso de mí?

CLARA: Jamás creí que nadie cayese tan bajo.

HELENA: Me está juzgando, y se equivoca.

CLARA: Jamás creí que yo caería tan bajo.

HELENA: No se torture inútilmente. Usted no ha hecho nada.

CLARA: ¿Que no?

HELENA: No es culpa suya.

CLARA: Por supuesto que no. La única culpable es usted.

HELENA: Usted tampoco puede elegir. Eso no depende de una.

CLARA: Será niña, mujer. Ya lo es.

HELENA: No lo sabe.

CLARA: Lo sé.

HELENA: No está segura.

CLARA: Lo estoy. Lo sé.

HELENA: ¿Por qué se cree tan especial?

CLARA: Porque lo soy.

HELENA: No sea ingenua. Todas creímos estar seguras, saber de más. Pero algunas tuvimos que desengañarnos. No todas tienen la suerte de su madre, de la mía. Ojalá la tenga usted, pero debe estar preparada para lo contrario, y atreverse a afrontar lo peor.

CLARA: Ella no puede traicionarme.

HELENA: Pero puede ser él.

CLARA: No hay ningún él en mí. Nunca lo habrá.

HELENA: Déjeme ayudarla.

CLARA: ¿Cómo sé de qué parte está usted?

HELENA: Estoy aquí, a su lado.

CLARA: He venido sola, y así quiero marcharme.

HELENA: ¿Me cree capaz de hacerles concesiones?

CLARA: Yo sé por qué los desprecio, pero usted ¿qué motivo tiene para odiarlos?

HELENA: Respete mi dolor, o mi edad, y no me haga esa pregunta.

CLARA: No sabe qué responder.

HELENA: Tengo una herida sin cicatrizar y prefiero no rascar en ella. Debería entenderlo mejor que nadie.

CLARA: Dudo que sea tan sensible, que le duelan las emociones, y mucho menos las palabras.

HELENA: También dudo yo de su integridad, de sus intenciones.

CLARA: No ataque en vano. No tiene poder para ofenderme.

HELENA: Se ofende usted misma. Lo que estuvo en mi vientre luego hurgó en el suyo.

CLARA: Miente.

HELENA: En su vientre, hurgando como un roedor.

CLARA: Mentira. Sucia mentira.

HELENA: Vomitando su escoria.

CLARA: Cállese.

HELENA: Y a usted le gustaba.

CLARA: No.

HELENA: Y pedía más.

CLARA: No.

HELENA: Y gritaba de gusto. Chillaba.

CLARA: No siga, por favor.

HELENA: Y le decía que no parase. Que le diese más y más. Más golpes, más daño, más violencia.

CLARA: Yo no quería.

HELENA: Sí. Lo quería más salvaje, más brutal, bestial. Que le hiciese sangre. Que la llenase de mordiscos, de cardenales. Que la azotase con la ropa, las manos. Que le clavase los dientes, las uñas. Que la arañase. Que descargase sus puños. Que le escupiese. Que la manchase de mugre. Que le hinchase los ojos. Que la agarrase del cuello. Que le tirase del pelo. Que le

mordiese los pechos. Que le arrancase los pezones. Que le metiera un mango por detrás. Que la arrastrase por el suelo. Que se le mease encima. Que le restregase su mierda. Que la llamara puta, cochina ramera. Que la tratara como la perra que es usted. La perra en celo, hambrienta de macho, desesperada, que va pidiendo ansiosa y por favor que se la tiren, no importa quién; que le echen un polvo tras otro, uno tras otro, porque nunca es bastante, porque uno solo le parece insuficiente, porque nunca está saciada, porque jamás se siente satisfecha. Esa era usted. Esa era yo; todas lo somos.

CLARA: Perdóneme.

HELENA: No se preocupe. No es usted la primera.

CLARA: No sé qué decir.

HELENA: Tranquilícese. No es fácil admitir que el secreto de una no es secreto para nadie.

CLARA: ¿Cómo lo ha sabido?

HELENA: Algún día, usted también entenderá.

CLARA: Creo que todo esto lo he vivido antes.

HELENA: Olvídelo.

CLARA: Como si todo lo hubiese vivido antes.

HELENA: ¿Este lugar?

CLARA: El lugar, su presencia, sus palabras, las mías.

HELENA: ¿Me conocía?

CLARA: No, pero como si ya la conociese. No la he visto nunca, y sin embargo la conozco.

HELENA: Y nada de todo esto es nuevo para usted.

CLARA: Nada.

HELENA: Entonces sabrá lo que va a pasar ahora.

CLARA: No sé, no lo sé. Pero lo sé.

HELENA: Dígamelo.

CLARA: No sé.

HELENA: Se lo diré yo: que va a venir conmigo y nos iremos de aquí.

CLARA: No.

HELENA: Sí. Así tiene que ser, y así será.

CLARA: No estoy de acuerdo. No es lo que siento. No sé lo que es, pero sé que nunca me he ido con usted.

HELENA: Está actuando contra usted misma.

CLARA: El tercero es usted, ¿verdad?

HELENA: ¿Yo?

CLARA: El tercer hombre. Y esta es su parte de la emboscada.

HELENA: ¿Cree que soy un hombre?

CLARA: Se comporta como uno.

HELENA: ¿Le hago daño? ¿La humillo? ¿La fuerzo?  
¿Me burlo de usted?

CLARA: Prefiero no contestar.

HELENA: ¿Soy con usted peor que con otras? ¿Acaso no la trato como a mí misma? ¿No soy franca con usted? ¿No le ofrezco lo mejor de mí? ¿No la miro a los ojos? ¿No me porto con usted de igual a igual?

CLARA: Estoy sola. He venido sola. No me gustan las peleas. Odio disputar, discutir. Me gusta ir por libre, a mi aire; no controlar, pero que nadie me controle. Me gusta venir cada noche, sola, bailar, olvidarme del mundo, beber una copa, emborracharme si quiero, disfrutar de mi vida, vivir mi vida.

HELENA: Vivir al margen.

CLARA: De todo.

HELENA: No preocuparse por nada.

CLARA: Ni de nadie.

HELENA: De nadie.

CLARA: Como nadie se preocupa por mí.

HELENA: ¿Y por qué cree que estoy aquí?

CLARA: ¿Y a mí qué me importa?

HELENA: Porque me preocupa usted, usted, y quisiera ayudarla.

CLARA: Muy amable de su parte. ¡Qué amables son ustedes, todas ustedes!

HELENA: ¿Supone que no la entiendo, que no sé cómo se siente? También yo fui joven una vez, y no lo he olvidado.

CLARA: Y me comprende mejor de lo que creo.

HELENA: ¿Quién es la que se burla ahora?

CLARA: Estoy muy cansada para reírme de nadie. No me apetece jugar.

HELENA: ¿Preferiría que me marchase?

CLARA: ¿Preferiría?

HELENA: ¿Prefiere que me vaya?

CLARA: ¿De verdad quiere una respuesta?

HELENA: Sí.

CLARA: Siento cosas que he sentido antes, pero no sé lo que tengo que hacer, ni lo que quiero. Lo siento, pero no tengo una respuesta para usted.

HELENA: Lamento que lo tome como una emboscada. Mi intención no es esa.

CLARA: ¿Cuál es su intención?

HELENA: Estoy muy sola.

CLARA: Lo sé. Todas lo estamos.

HELENA: Pero no es una queja.

CLARA: Claro que no.

HELENA: Sino un hecho.

CLARA: Estoy muy sola.

HELENA: Lo sé. Todas lo estamos.

CLARA: Pero no es una queja.

HELENA: Claro que no.

CLARA: Sino un hecho.

HELENA: Una certeza.

CLARA: Una constatación.

HELENA: Y un deseo.

CLARA: Un deseo.

HELENA: Un deseo.

CLARA: El mayor de todos.

HELENA: El único.

CLARA: Celebro que estemos de acuerdo.

HELENA: ¿Amigas?

CLARA: He aprendido a no fiarme de nadie.

HELENA: Es usted dura.

CLARA: Y eso es algo que espero transmitir, que mi hija aprenderá.

HELENA: Su enseñanza.

CLARA: Mi legado. El que yo recibí. Lo único que he logrado conservar.

HELENA: Sobrevive muy poco en usted.

CLARA: Sobrevive el rencor.

HELENA: Me asombra su fortaleza.

CLARA: ¿Me creía débil?

HELENA: Inexperta. Débil no: inexperta.

CLARA: ¿Qué permanece en usted?

HELENA: ¿Después de tanto tiempo? Permanece el rencor.

CLARA: ¿El desprecio?

HELENA: El odio.

CLARA: ¿Por ser como son?

HELENA: Por hacerme como soy.

CLARA: Yo no odio.

HELENA: Aún.

CLARA: ...Aún.

HELENA: Si le apetece hablarme de su desprecio, hágalo.

CLARA: ¿Yo? ¿Por qué yo?

HELENA: Porque es usted la que desprecia.

CLARA: Hábleme del odio, si quiere, pero a mí no me meta.

HELENA: Tengo mis razones, pero ahora no quiero pensar en ello. No me apetece revivirlo.

CLARA: ¿Y cree que a mí sí? ¿No dice que somos iguales?

HELENA: Usted todavía necesita desahogarse y alguien a quien contárselo. Yo ya no estoy en su caso.

CLARA: ¿Y no será que es usted morbosa? Reconózcalo. Atrévase a confesar que las historias ajenas le producen morbo, la llenan de morbo, y por eso las busca, y, cuando no, las provoca.

HELENA: Así que le parece que la suya es una historia morbosa.

CLARA: Yo no he dicho eso. Es usted la que piensa así.

HELENA: Entonces, no es morbosa.

CLARA: Yo no sé nada. Usted sabrá.

HELENA: Entonces, sí es morbosa.

CLARA: Sí, morbosa, morbosa. Como usted: morbosa.

HELENA: ¡Ah! Una historia morbosa.

CLARA: Llena de lujuria, de sexo, de corrupción.

HELENA: Una historia jugosa y morbosa.

CLARA: Morbosa, morbosa. Con azotes en el culete, con correas, con arneses, con juegos de agua, con tacones altos, con labios encendidos, con corsés de cuero rojo y braguitas de cuero negro, con látigos, pinzas, cadenas, consoladores, pinchos.

HELENA: ¿Y se atreve a llamarme hombre a mí?

CLARA: Sí. Morbosa como un hombre morboso. Morbosa.

HELENA: Mi joven y pequeña confundida, no sea perversa. Si hay aquí algún hombre, se trata de usted. Fetiches de hombre, fantasías masculinas... Las describe muy bien.

CLARA: Son tuyas. Esas imágenes morbosas son tuyas.

HELENA: ¿Mías? ¿Me las ha oído a mí? ¿A alguna mujer? ¿Conoce a una sola mujer a quien le guste el morbo?

CLARA: ¿Sabe por qué sé que usted es un hombre?

HELENA: ¿Por qué?

CLARA: Porque me da tanto asco como ellos.

HELENA: Míreme bien, y dígame lo que ve... ¿No ve nada? ¿No me dice nada? ¿Quiere que yo se lo diga? ¿Quiere que yo hable por usted? Escúcheme: lo que ve en mí es aquello en lo que teme convertirse; pero eso no es lo que soy, y usted lo sabe. Ni yo lo soy, ni usted lo será. Créame.

CLARA: No soy tan joven.

HELENA: Eso es lo que cree que quiere creer, no lo que cree en realidad. Usted es joven; lo es.

CLARA: Usted no es tan mayor.

HELENA: No coquettee conmigo, ni me adule.

CLARA: ¿Distingue el halago del elogio? A mí me cuesta.

HELENA: Y a mí, pero no es cuestión de talento, sino de práctica.

CLARA: Es difícil adivinarles la intención.

HELENA: Eso suponiendo que tengan alguna.

CLARA: Son crueles.

HELENA: Taimados, aviesos.

CLARA: Atacan en grupo.

HELENA: Son cobardes.

CLARA: Y débiles, en el fondo.

HELENA: No tienen conversación.

CLARA: Carecen de inquietudes.

HELENA: De afecto.

CLARA: De compromiso.

HELENA: Les mueve lo irracional, lo inmediato.

CLARA: La bestia que habita en ellos.

HELENA: La bestia.

CLARA: El desenfreno.

HELENA: La bestia.

CLARA: La pasión.

HELENA: Adoré a la bestia. Una vez.

CLARA: ¡¿Usted?!

HELENA: Su forma, su textura, su olor.

CLARA: Usted.

HELENA: Palpitaba dentro de mí.

CLARA: Usted.

HELENA: Su sabor... ¿Ha probado el sabor de la bestia?  
Quien no conoce su sabor, no entiende nada.

CLARA: ¿Le gustó?

HELENA: La cuestión no es esa.

CLARA: Pero dígame, ¿le gustó?; ¿sí o no?

HELENA: El problema no es si me gustó o no, ni si sería capaz de describir su sabor ni compararlo con el de alguna otra cosa. El problema es si querría repetir, si lo buscaría, si le abriría mis labios.

CLARA: ¿Y si la bestia no quisiese? Todo se solucionaría.

HELENA: Todo lo contrario; sería peor.

CLARA: ¿Es así como ocurrió? ¿La rechazó la bestia?

HELENA: ¿Le interesa mi historia?

CLARA: Es simple curiosidad.

HELENA: Venga conmigo. Charlaremos en otra parte.

CLARA: ¿Me está dando largas?

HELENA: Este no es sitio para hablar.

CLARA: Pero a mí no ha dejado de hacerme preguntas.

HELENA: ¿Se siente acosada?

CLARA: Si puedo ser sincera...

HELENA: ¿Por qué no va a poder?

CLARA: ...la verdad es que sí, un poco.

HELENA: ¿Acechada?

CLARA: Tampoco pretendo exagerar.

HELENA: ¿Incordiada? ¿Hostigada? ¿Acorralada? ¿Perseguida como una pieza de caza? ¿Maltratada como un animal salvaje, como una bestia en el monte?

CLARA: No diré nada. Conozco su juego. Intenta compararme con la bestia y hacerme admitir que la bestia soy yo, pero no lo conseguirá. Soy una mujer madura, crecida; he adquirido experiencia y ya no se me engaña con tanta facilidad.

HELENA: ¿Cree en Dios?

CLARA: No pienso contestar.

HELENA: ¿Y en un dios? ¿O en los dioses?... ¿Cree en el más allá, en lo sobrenatural, en las potencias ultraterrenas, en los enigmas, en lo que no tiene explicación, en los fenómenos paranormales, en la inteligencia superior, en las manifestaciones de otros mundos? ¿Cree en lo sagrado?

CLARA: No pienso contestar.

HELENA: Y entonces, por lo que más quiera, ¿por qué le concede tanta importancia a la intuición? ¿En qué cree que consiste la intuición? ¿Qué es lo que espera de ella?

CLARA: Sé que en algún sitio hay un mundo mejor donde mi hija crecerá más libre.

HELENA: ¿Y más feliz?

CLARA: Más libre.

HELENA: Y si ese es su sueño, ¿por qué se queda aquí?

¿Cree que lo encontrará viniendo cada noche a este lugar, bailando y bebiendo sola, perdiendo su juventud sin hacer nada, sin luchar por nada?

CLARA: No hable de mí cuando hable de usted.

HELENA: Yo no perdí mi juventud; me la perdieron.

CLARA: ¿Tanto odia usted?

HELENA: A su edad, yo también despreciaba. El odio viene después.

CLARA: ¿Me llegará?

HELENA: No lo dude.

CLARA: Pero, ¿por qué?

HELENA: Lo sabrá a su debido tiempo.

CLARA: ¿Todas ustedes odian?

HELENA: Todas.

CLARA: ¿De la misma manera?

HELENA: El odio de todas es igual.

CLARA: Yo no odio. Al primer emboscado ni siquiera lo temo. Ni al segundo, que tampoco está a mi altura. Y la verdad es que lo mismo puedo decir del tercero.

HELENA: Si no tiene miedo, ¿por qué intuye una emboscada?

CLARA: No lo sé. No puedo explicarlo. Tal vez sean ellos los que creen estar emboscados. Sí, son ellos los que se sienten a sí mismos como una amenaza. Pero yo no los veo así. Están equivocados, y no lo saben.

HELENA: Pero una mujer sola es presa fácil.

CLARA: Yo no estoy sola. La tengo a usted; ¿recuerda?

HELENA: ¿Y si me voy?

CLARA: ¿No quería que me fuese con usted?

HELENA: ¿Vendría?

CLARA: No lo sé. No estoy segura. Todavía hay muchas cosas de usted que ignoro.

HELENA: ¿Por ejemplo?

CLARA: Yo sé por qué los desprecio, pero aún no me ha dicho por qué los odia.

HELENA: No, por favor, no insista. No vuelva a hacerme esa pregunta. Me incomoda innecesariamente y ya le he dicho que no tengo ninguna respuesta para eso, y desde luego no pienso preparar una sólo por darle gusto a usted. Cuando tenga una decisión

tomada se lo diré, pero no antes, así que no se esfuerce en vano y, sobre todo, no me fuerce a mí.

CLARA: No me gusta la gente con tantos secretos.

HELENA: ¿Me está juzgando?

CLARA: Me limito a ser sincera. Si usted está incómoda conmigo, a mí me desagrada que me vengan con misterios y actitudes poco claras. ¿Acaso se las da usted de algo?

HELENA: Sí, ya veo que me juzga. Pero no crea que la culpo. Sé que he sido yo la que se ha equivocado. Y no me refiero a equivocarme con usted, ahora. Mi error viene de lejos, pero ese es un tema que no viene al caso.

CLARA: ¿Lo ve? Eso es justo lo que quiero decir: “Mi error, ¡oh!, un tema que no viene al caso”. ¿Por qué se cree tan importante? No, en serio, ¿por qué se cree tan importante?

HELENA: He olvidado su nombre.

CLARA: Lo recuerda perfectamente, Helena.

HELENA: Lamento mucho este malentendido, Clara; prometo no molestarla más.

CLARA: He venido sola.

HELENA: ¿Usted?

CLARA: ¿Le extraña? He venido sola. Sola. Lo prefiero así.

HELENA: ¿Espera a alguien?

CLARA: No me pregunte. No, no espero a nadie. Nunca espero a nadie. Espero a alguien, sí, pero no sé a quién.

HELENA: Nunca.

CLARA: A nadie. Por lo menos, a nadie conocido.

HELENA: ¿Y a alguien como yo?

CLARA: Usted no es nadie. Nunca lo ha sido. No lo es ahora; nunca lo será.

HELENA: ¿Pretende hacerme daño?

CLARA: Las personas como usted son duras, invulnerables. Nada les duele, ni les afecta.

HELENA: ¡Invulnerable! Qué palabra tan extraña.

CLARA: ¿Me creía estúpida, ignorante?

HELENA: Joven. La creía, y la creo, joven. Yo no tengo mucho contacto con ustedes, pero me dicen que los jóvenes de ahora no son como los de antes.

CLARA: Mucho cuidado con lo que dice. Yo no soy

“un” joven. Si acaso soy “una” joven. Una, y no uno; ¿estamos?

HELENA: Me llama misteriosa, pero conoce las trampas del lenguaje mejor que yo.

CLARA: Me molesta que me confundan.

HELENA: Me temo que le molestan demasiadas cosas. Más de las que puedo recordar.

CLARA: Usted sabe mi nombre y yo conozco la palabra invulnerable. Estamos a la par.

HELENA: También sé que usted es mujer.

CLARA: ¿Lo ve? Ahí tiene algo que no me molesta.

HELENA: Ante todo, mujer.

CLARA: Y no espere otra cosa de mí.

HELENA: Nunca espero nada de nadie. No antes de conocerlo... o conocerla.

CLARA: ¿Por qué se ha sentado a mi lado si no esperaba nada?

HELENA: Pura casualidad.

CLARA: Había más sitios vacíos, mesas libres. Todavía las hay.

HELENA: Me gustaba esta.

CLARA: ¿Le gustaba?

HELENA: Me senté sin pensar.

CLARA: ¿Nunca piensa lo que hace?

HELENA: No siempre.

CLARA: ¿Ni lo que dice?

HELENA: No siempre.

CLARA: ¿Es usted tonta, inocente o espontánea?

HELENA: A veces todo a la vez.

CLARA: Y a veces nada.

HELENA: ¿Me lo tomo como un insulto o como un halago?

CLARA: No sé. No lo he pensado.

HELENA: ¿Por qué lo prefiere?

CLARA: ¿Venir sola?

HELENA: Sí.

CLARA: No quedar. No estar pendiente de una llamada, una insinuación, una cita provocada. No ir al sitio al que no quieres ir pero no lo dices por no montar una escena. No montarla cuando estás allí y, efectivamente, te disgusta. No vestirse con su ropa

favorita. No réirle sus gracias. No escuchar cómo elogia tu rostro, cuerpo, figura, cuando sabes que le da igual una que otra. No tener que explicar que no fumas si te ofrece. No aguantar su olor a gominina, a loción, a sudor; el aliento que se acerca, se te echa encima, que quisiera fundir, confundir con el tuyo. No soportar el asco de una nuez protuberante, de unas manos con pelo; el roce casual de la pierna, de la bragueta. Si estás sola, él no está. Si vienes sola, tú eliges, y eliges estar sola, estar mejor.

HELENA: También yo estoy sola.

CLARA: Ya se ve.

HELENA: ¿No te interesa mi historia?

CLARA: ¿Acaso ahora me la va a contar?

HELENA: Te entiendo perfectamente.

CLARA: ¿Hablamos de su vida o de la mía?

HELENA: Me alegra que creas que estamos hablando.

CLARA: No sea torpe. Llevamos mucho rato haciéndolo aunque no digamos nada, y eso que yo he dicho mucho sobre mí.

HELENA: Tampoco a mí me gustan los hombres.

CLARA: Yo no he dicho que no me gusten. He dicho que me dan asco.

HELENA: ¿Te gusto yo?

CLARA: No parece un hombre.

HELENA: No lo soy.

CLARA: Tampoco he dicho que me gusten las mujeres.

HELENA: ¿Quién habla de las mujeres? Hablo de mí.

CLARA: ¿De verdad se ha sentado aquí por casualidad?

HELENA: No.

CLARA: Estoy embarazada.

HELENA: Eso creía.

CLARA: Me he acostado con un hombre.

HELENA: Ya lo supongo.

CLARA: No lo haré nunca más.

HELENA: En eso somos iguales.

CLARA: Me encanta su tono de pelo.

HELENA: No es natural.

CLARA: Y tiene un cutis perfecto.

HELENA: Eso es cosa de esta luz y una fortuna en cremas.

CLARA: ¿Qué edad tiene usted?

HELENA: Más que tú, si puedo decirlo.

CLARA: ¿Está embarazada?

HELENA: Mucha más edad que tú.

CLARA: La suficiente.

HELENA: ¿Suficiente para qué?

CLARA: Para estar libre.

HELENA: Quien esté libre de pecado...

CLARA: Arrójemela.

HELENA: No tengo.

CLARA: Lo primero que esté a su alcance. Un cubito de hielo, un vaso.

HELENA: No estoy bebiendo.

CLARA: ¿Viene a un sitio así y no bebe?

HELENA: No quiero hacerte daño.

CLARA: Entonces, ¿por qué me habla? ¿Por qué se sienta ahí y me da conversación? ¿Por qué se ha fijado en mí? ¿Por qué no se va con otra, a charlar con otra?

HELENA: No quiero hacerte daño.

CLARA: ¿Por qué me tutea?

HELENA: No la tuteo.

CLARA: Sí me tutea.

HELENA: Sí, la tuteo, pero no a usted, que es vieja y rencorosa y amargada, sino a ti, a tu vientre, que es parte de mi vida, que está lleno de mi vida; que es tuyo, no me lo digas, ya lo sé, pero que es un poco mío también.

CLARA: ¿Por qué todas dicen lo mismo?

HELENA: ¿Todas?

CLARA: ¿Por qué vienen aquí cada noche, todas ustedes, una tras otra, se sientan en la misma mesa y dicen las mismas cosas? ¿Por qué no se conforman con lo que tienen? ¿Por qué no les basta con sus propias hijas y pretenden quedarse con las hijas de otras? ¿Por qué me siguen, me molestan? ¿Qué les he hecho? Yo no soy nadie, no soy importante, no las conozco, no sé nada de ustedes, no sé quién es usted. Váyase de aquí, déjeme en paz, olvídeme, olvídenme.

HELENA: ¿Le gustaría ser una de nosotras?

CLARA: No.

HELENA: Usted no nos conoce.

CLARA: No.

HELENA: No sabe quiénes somos.

CLARA: Ni lo sé ni me importa.

HELENA: ¿Por qué dice cosas de las que luego se va a arrepentir?

CLARA: ¿Es una amenaza?

HELENA: Es un hecho; cuando esté con nosotras recordará esta conversación con simpatía, y hasta le hará gracia la ingenuidad... no, la ignorancia con que ahora se expresa.

CLARA: ¿Sabe cuántas veces me han hecho proposiciones?

HELENA: Pero ninguna parecida.

CLARA: ¿Sabe cuántas veces aparece alguien que quiere llevarte a su terreno?

HELENA: Mi terreno es el suyo.

CLARA: ¿Sabe cuántas veces hay que aguantar a gente que dice que te comprende perfectamente, y que finge interesarse por ti y entender todo lo que te pasa, lo que piensas y hasta lo que temes que ocurra si no haces algo para remediarlo?

HELENA: Yo soy diferente. Y usted también.

CLARA: No, no lo soy. Y usted tampoco.

HELENA: No se engañe, y recuerde que está hablando con una mujer. ¿Cómo podría hacerle daño a una de nosotras?

CLARA: Estoy muy acostumbrada a que sólo se quiera una parte de mí.

HELENA: Aunque así fuese, una parte de usted es también usted. Pero no se preocupe; lo único que pretendo de usted, lo que le ofrezco, es devolverla a su lugar.

CLARA: ¿Del que no debí salir?

HELENA: Al que siempre puede regresar. ¿De qué otro sitio puede decirse lo mismo?

CLARA: De aquí.

HELENA: ¿Bromea?

CLARA: Vengo cada noche.

HELENA: ¿Y cuánto tiempo más podrá seguir haciéndolo?

CLARA: Volveré mañana.

HELENA: Y pasado, si quiere. No se lo impido.

CLARA: ¿Acaso podría?

HELENA: ¿Quiere ponerme a prueba?

CLARA: ¿Me está probando a mí?

HELENA: ¿Usted qué cree?

CLARA: ¿Y qué tal lo hago?

HELENA: ¿Usted qué cree?

CLARA: Que no está segura de recordar las reglas del juego.

HELENA: Póngame a prueba.

CLARA: ¿Para qué? Las inventaría sobre la marcha.

HELENA: A las mujeres nos falta fantasía, pero nos sobra imaginación.

CLARA: Y espíritu práctico.

HELENA: Y dotes de estrategia.

CLARA: Y capacidad de sacrificio.

HELENA: Y carácter vengativo.

CLARA: Y ánimo de mando.

HELENA: E instinto de supervivencia.

CLARA: E intuición femenina.

HELENA: ¿Qué intuye?

CLARA: Una emboscada. Cuento tres.

HELENA: Descríbalos.

CLARA: El primero es alto. Musculoso. Pero falso: formado en un gimnasio. Tiene el pelo corto, rapado; sobre todo en la nuca. Tatuaje, perilla, otro tatuaje, uno más. Un arete en cada oreja, y en la nariz, y dos mayores en los pezones, y en el ombligo, y una bolita en la punta de su cosa asquerosa.

HELENA: ¿La amenaza?

CLARA: Eso cree él, pero sólo es un peligro para sí mismo.

HELENA: El segundo.

CLARA: El segundo es diferente, pero no mejor. Piel blanca, muy pálida; no como el primero, que es moreno. Pelo largo, rubio, y ojos claros.

HELENA: Como usted.

CLARA: No; como yo, no. Tiene el cuerpo descuidado, blando, aunque no gordo. Suda y tiene el culo sucio, aunque sus maneras sí parezcan cuidadas y esté lleno de poses. No se lo ha cortado, pero tampoco se lo limpia, y conserva un rastro blancuzco y reseco como las coronas de los muertos.

HELENA: Si tienes algo en el guardarropa, un abrigo, una chaqueta, esperaré a que lo recojas.

CLARA: No voy. No he terminado.

HELENA: Ya he oído bastante por hoy.

CLARA: Falta una descripción.

HELENA: Blando aunque no gordo. Culo sucio. Amaderado. Prepucio íntegro y en precario estado de limpieza.

CLARA: Escucha a la perfección, pero sólo lo que quiere. Queda uno más, el tercero.

HELENA: Uno rubio y otro moreno. Seguro que este es pelirrojo, si bien ligeramente calvo; con pecas, mal aliento, manchas en las manos, nalgas fofas. Eyaculador precoz, por supuesto, si es que no impotente o incluso poseedor de un micropene. No es tan difícil describir a un hombre.

CLARA: ¿Y si no es un hombre?

HELENA: Ha de serlo. Se trata de una emboscada.

CLARA: Podría ser una mujer.

HELENA: El enemigo son ellos. Nosotras somos sus víctimas, y estamos aliadas.

CLARA: Supongamos que se trata de una traidora.

HELENA: O se es traidora o se es mujer. Son términos incompatibles.

CLARA: En tal caso, un infiltrado.

HELENA: Cualquier hombre es ridículo de por sí, pero haciendo de mujer se vuelven más grotescos si cabe. Ninguno nos engañaría.

CLARA: Me ha convencido. El tercero no era mujer.

HELENA: ¿Lo ves? Podemos irnos.

CLARA: Pero aún no lo he descrito.

HELENA: Muy bien. Adelante con él.

CLARA: ¿Seguro?

HELENA: ¿Cree que tengo miedo?

CLARA: No he hablado de miedo.

HELENA: ¿O que tengo algo que ocultar?

CLARA: Usted se lo dice todo. Yo sólo le repito que no me gustan los misterios.

HELENA: Pues descubramos el último velo. Ardo en deseos de conocer al tercer emboscado. Por favor, hámbleme de él.

CLARA: Si insiste.

HELENA: Se lo ruego.

CLARA: El tercer hombre no es moreno como el primero, ni rubio como el segundo, ni tampoco es pelirrojo y medio calvo como aventuró antes. El pelo del tercer hombre es blanco, acaso plateado.

HELENA: Un anciano.

CLARA: O un albino.

HELENA: ¿El tercero es albino?

CLARA: No; es anciano.

HELENA: Sorprendente. Siga.

CLARA: Tiene manchas en las manos. Sí, ya lo sé, no me lo diga: como el pelirrojo, pero no es pelirrojo. Tiene una barba escasa, dejada y mal afeitada. No es la barba retocadísima desaliñada del que pretende fingir que no le importa su aspecto. No es tan evidentemente convencional, pero no por eso es mejor. Es mugrienta, mugriento, lleva restos de comida, babas mal enjugadas, pantalones malolientes con delatores cercos. El tercer hombre no controla sus válvulas, sus esfínteres. Se lo hace encima. Su náusea se pudre bajo un lodo de orín.

HELENA: ¡Agh!

CLARA: Se está poniendo pálida.

HELENA: Me mareo.

CLARA: Estese quieta. No se revuelva.

HELENA: Necesito aire. Voy a vomitar.

CLARA: No se levante y agache la cabeza. Colóquela entre las piernas. Eso es. Tranquila. Verá cómo enseguida se le pasa.

HELENA: Me laten las sienes. Golpean.

CLARA: No pasa nada.

HELENA: Estoy sudando.

CLARA: Los hombres y las bestias sudan. Las mujeres transpiran.

HELENA: No me haga reír.

CLARA: Bastará con que sonría. ¿Está ya bien?

HELENA: Mejor. Me siento mejor.

CLARA: ¿Le sucede a menudo?

HELENA: No. Nunca. No sé qué habrá podido ser.

CLARA: A mí sí.

HELENA: ¿A usted?

CLARA: Por lo menos ahora. Recuerde...

HELENA: ...que está embarazada. Es verdad.

CLARA: No lo habría olvidado.

HELENA: No, pero lo había dejado de lado. Y es raro.

CLARA: ¿Por qué?

HELENA: Su embarazo me ha traído aquí.

CLARA: Ya. Eso mismo dicen todas.

HELENA: ¿Sí?

CLARA: Sí. Supongo que les falta inventiva, o quizá es que hablan en serio.

HELENA: Es en serio. Muy en serio. Al menos yo.

CLARA: Usted lo conoce.

HELENA: No. ¿A quién?

CLARA: Usted lo conoce. Es su madre. Ha venido por eso.

HELENA: Cállese.

CLARA: No me toque.

HELENA: ¿Por qué se pone así?

CLARA: Es usted sucia. Lo ha llevado en su vientre. Ha vivido con él. Se ha manchado de él.

HELENA: ¿Cómo puede pensar eso de mí?

CLARA: Jamás creí que nadie cayese tan bajo.

HELENA: Me está juzgando, y se equivoca.

CLARA: Jamás creí que yo caería tan bajo.

HELENA: No se torture inútilmente. Usted no ha hecho nada.

CLARA: ¿Que no?

HELENA: No es culpa suya.

CLARA: Por supuesto que no. La única culpable es usted.

HELENA: Usted tampoco puede elegir. Eso no depende de una.

CLARA: Será niña, mujer. Ya lo es.

HELENA: No lo sabe.

CLARA: Lo sé.

HELENA: No está segura.

CLARA: Lo estoy. Lo sé.

HELENA: ¿Por qué se cree tan especial?

CLARA: Porque lo soy.

HELENA: No sea ingenua. Todas creímos estar seguras, saber de más. Pero algunas tuvimos que desengañarnos. No todas tienen la suerte de su madre, de la mía. Ojalá la tenga usted, pero debe estar preparada para lo contrario, y atreverse a afrontar lo peor.

CLARA: Ella no puede traicionarme.

HELENA: Pero puede ser él.

CLARA: No hay ningún él en mí. Nunca lo habrá.

HELENA: Déjeme ayudarla.

CLARA: ¿Cómo sé de qué parte está usted?

HELENA: Estoy aquí, a su lado.

CLARA: He venido sola, y así quiero marcharme.

HELENA: ¿Me cree capaz de hacerles concesiones?

CLARA: Yo sé por qué los desprecio, pero usted ¿qué motivo tiene para odiarlos?

HELENA: Respete mi dolor, o mi edad, y no me haga esa pregunta.

CLARA: No sabe qué responder.

HELENA: Tengo una herida sin cicatrizar y prefiero no rascar en ella. Debería entenderlo mejor que nadie.

CLARA: Dudo que sea tan sensible, que le duelan las emociones, y mucho menos las palabras.

HELENA: También dudo yo de su integridad, de sus intenciones.

CLARA: No ataque en vano. No tiene poder para ofenderme.

HELENA: Se ofende usted misma. Lo que estuvo en mi vientre luego hurgó en el suyo.

CLARA: Miente.

HELENA: En su vientre, hurgando como un roedor.

CLARA: Mentira. Sucia mentira.

HELENA: Vomitando su escoria.

CLARA: Cállese.

HELENA: Y a usted le gustaba.

CLARA: No.

HELENA: Y pedía más.

CLARA: No.

HELENA: Y gritaba de gusto. Chillaba.

CLARA: No siga, por favor.

HELENA: Y le decía que no parase. Que le diese más y más. Más golpes, más daño, más violencia.

CLARA: Yo no quería.

HELENA: Sí. Lo quería más salvaje, más brutal, bestial. Que le hiciese sangre. Que la llenase de mordiscos, de cardenales. Que la azotase con la ropa, las manos. Que le clavase los dientes, las uñas. Que la arañase. Que descargase sus puños. Que le escupiese. Que la manchase de mugre. Que le hinchase los ojos. Que la agarrase del cuello. Que le tirase del pelo. Que le mordiese los pechos. Que le arrancase los pezones. Que le metiera un mango por detrás. Que la arrastrase por el suelo. Que se le mease encima. Que le restregase su mierda. Que la llamara puta, cochina ramera. Que la tratara como la perra que es usted. La perra en celo, hambrienta de macho, desesperada, que va pidiendo ansiosa y por favor que se la tiren, no importa quién; que le echen un polvo tras otro, uno tras otro, porque nunca es bastante, porque uno solo le parece insuficiente, porque nunca está saciada, porque jamás se siente satisfecha. Esa era usted. Esa era yo; todas lo somos.

CLARA: Perdóneme.

HELENA: No se preocupe. No es usted la primera.

CLARA: No sé qué decir.

HELENA: Tranquilícese. No es fácil admitir que el secreto de una no es secreto para nadie.

CLARA: ¿Cómo lo ha sabido?

HELENA: Algún día, usted también entenderá.

CLARA: Creo que todo esto lo he vivido antes.

HELENA: Olvídelo.

CLARA: Como si todo lo hubiese vivido antes.

HELENA: ¿Este lugar?

CLARA: El lugar, su presencia, sus palabras, las mías.

HELENA: ¿Me conocía?

CLARA: No, pero como si ya la conociese. No la he visto nunca, y sin embargo la conozco.

HELENA: Y nada de todo esto es nuevo para usted.

CLARA: Nada.

HELENA: Entonces sabrá lo que va a pasar ahora.

CLARA: No sé, no lo sé. Pero lo sé.

HELENA: Dígamelo.

CLARA: No sé.

HELENA: Se lo diré yo: que va a venir conmigo y nos iremos de aquí.

CLARA: No.

HELENA: Sí. Así tiene que ser, y así será.

CLARA: No estoy de acuerdo. No es lo que siento. No sé lo que es, pero sé que nunca me he ido con usted.

HELENA: Está actuando contra usted misma.

CLARA: El tercero es usted, ¿verdad?

HELENA: ¿Yo?

CLARA: El tercer hombre. Y esta es su parte de la emboscada.

HELENA: ¿Cree que soy un hombre?

CLARA: Se comporta como uno.

HELENA: ¿Le hago daño? ¿La humillo? ¿La fuerzo?  
¿Me burlo de usted?

CLARA: Prefiero no contestar.

HELENA: ¿Soy con usted peor que con otras? ¿Acaso no la trato como a mí misma? ¿No soy franca con usted? ¿No le ofrezco lo mejor de mí? ¿No la miro

a los ojos? ¿No me porto con usted de igual a igual?

CLARA: Estoy sola. He venido sola. No me gustan las peleas. Odio disputar, discutir. Me gusta ir por libre, a mi aire; no controlar, pero que nadie me controle. Me gusta venir cada noche, sola, bailar, olvidarme del mundo, beber una copa, emborracharme si quiero, disfrutar de mi vida, vivir mi vida.

HELENA: Vivir al margen.

CLARA: De todo.

HELENA: No preocuparse por nada.

CLARA: Ni de nadie.

HELENA: De nadie.

CLARA: Como nadie se preocupa por mí.

HELENA: ¿Y por qué cree que estoy aquí?

CLARA: ¿Y a mí qué me importa?

HELENA: Porque me preocupa usted, usted, y quisiera ayudarla.

CLARA: Muy amable de su parte. ¡Qué amables son ustedes, todas ustedes!

HELENA: ¿Supone que no la entiendo, que no sé cómo

se siente? También yo fui joven una vez, y no lo he olvidado.

CLARA: Y me comprende mejor de lo que creo.

HELENA: ¿Quién es la que se burla ahora?

CLARA: Estoy muy cansada para reírme de nadie. No me apetece jugar.

HELENA: ¿Preferiría que me marchase?

CLARA: ¿Preferiría?

HELENA: ¿Prefiere que me vaya?

CLARA: ¿De verdad quiere una respuesta?

HELENA: Sí.

CLARA: Siento cosas que he sentido antes, pero no sé lo que tengo que hacer, ni lo que quiero. Lo siento, pero no tengo una respuesta para usted.

HELENA: Lamento que lo tome como una emboscada. Mi intención no es esa.

CLARA: ¿Cuál es su intención?

HELENA: Estoy muy sola.

CLARA: Lo sé. Todas lo estamos.

HELENA: Pero no es una queja.

CLARA: Claro que no.

HELENA: Sino un hecho.

CLARA: Estoy muy sola.

HELENA: Lo sé. Todas lo estamos.

CLARA: Pero no es una queja.

HELENA: Claro que no.

CLARA: Sino un hecho.

HELENA: Una certeza.

CLARA: Una constatación.

HELENA: Y un deseo.

CLARA: Un deseo.

HELENA: Un deseo.

CLARA: El mayor de todos.

HELENA: El único.

CLARA: Celebro que estemos de acuerdo.

HELENA: ¿Amigas?

CLARA: He aprendido a no fiarme de nadie.

HELENA: Es usted dura.

CLARA: Y eso es algo que espero transmitir, que mi hija aprenderá.

HELENA: Su enseñanza.

CLARA: Mi legado. El que yo recibí. Lo único que he logrado conservar.

HELENA: Sobrevive muy poco en usted.

CLARA: Sobrevive el rencor.

HELENA: Me asombra su fortaleza.

CLARA: ¿Me creía débil?

HELENA: Inexperta. Débil no: inexperta.

CLARA: ¿Qué permanece en usted?

HELENA: ¿Después de tanto tiempo? Permanece el rencor.

CLARA: ¿El desprecio?

HELENA: El odio.

CLARA: ¿Por ser como son?

HELENA: Por hacerme como soy.

CLARA: Yo no odio.

HELENA: Aún.

CLARA: ...Aún.

HELENA: Si le apetece hablarme de su desprecio, hágalo.

CLARA: ¿Yo? ¿Por qué yo?

HELENA: Porque es usted la que desprecia.

CLARA: Hábleme del odio, si quiere, pero a mí no me meta.

HELENA: Tengo mis razones, pero ahora no quiero pensar en ello. No me apetece revivirlo.

CLARA: ¿Y cree que a mí sí? ¿No dice que somos iguales?

HELENA: Usted todavía necesita desahogarse y alguien a quien contárselo. Yo ya no estoy en su caso.

CLARA: ¿Y no será que es usted morbosa? Reconózcalo. Atrévase a confesar que las historias ajenas le producen morbo, la llenan de morbo, y por eso las busca, y, cuando no, las provoca.

HELENA: Así que le parece que la suya es una historia morbosa.

CLARA: Yo no he dicho eso. Es usted la que piensa así.

HELENA: Entonces, no es morbosa.

CLARA: Yo no sé nada. Usted sabrá.

HELENA: Entonces, sí es morbosa.

CLARA: Sí, morbosa, morbosa. Como usted: morbosa.

HELENA: ¡Ah! Una historia morbosa.

CLARA: Llena de lujuria, de sexo, de corrupción.

HELENA: Una historia jugosa y morbosa.

CLARA: Morbosa, morbosa. Con azotes en el culete, con correas, con arneses, con juegos de agua, con tacones altos, con labios encendidos, con corsés de cuero rojo y braguitas de cuero negro, con látigos, pinzas, cadenas, consoladores, pinchos.

HELENA: ¿Y se atreve a llamarme hombre a mí?

CLARA: Sí. Morbosa como un hombre morboso. Morbosa.

HELENA: Mi joven y pequeña confundida, no sea perversa. Si hay aquí algún hombre, se trata de usted. Fetiches de hombre, fantasías masculinas... Las describe muy bien.

CLARA: Son tuyas. Esas imágenes morbosas son tuyas.

HELENA: ¿Mías? ¿Me las ha oído a mí? ¿A alguna mujer? ¿Conoce a una sola mujer a quien le guste el morbo?

CLARA: ¿Sabe por qué sé que usted es un hombre?

HELENA: ¿Por qué?

CLARA: Porque me da tanto asco como ellos.

HELENA: Míreme bien, y dígame lo que ve... ¿No ve nada? ¿No me dice nada? ¿Quiere que yo se lo diga? ¿Quiere que yo hable por usted? Escúcheme: lo que ve en mí es aquello en lo que teme convertirse; pero eso no es lo que soy, y usted lo sabe. Ni yo lo soy, ni usted lo será. Créame.

CLARA: No soy tan joven.

HELENA: Eso es lo que cree que quiere creer, no lo que cree en realidad. Usted es joven; lo es.

CLARA: Usted no es tan mayor.

HELENA: No coquettee conmigo, ni me adule.

CLARA: ¿Distingue el halago del elogio? A mí me cuesta.

HELENA: Y a mí, pero no es cuestión de talento, sino de práctica.

CLARA: Es difícil adivinarles la intención.

HELENA: Eso suponiendo que tengan alguna.

CLARA: Son crueles.

HELENA: Taimados, aviesos.

CLARA: Atacan en grupo.

HELENA: Son cobardes.

CLARA: Y débiles, en el fondo.

HELENA: No tienen conversación.

CLARA: Carecen de inquietudes.

HELENA: De afecto.

CLARA: De compromiso.

HELENA: Les mueve lo irracional, lo inmediato.

CLARA: La bestia que habita en ellos.

HELENA: La bestia.

CLARA: El desenfreno.

HELENA: La bestia.

CLARA: La pasión.

HELENA: Adoré a la bestia. Una vez.

CLARA: ¡¿Usted?!

HELENA: Su forma, su textura, su olor.

CLARA: Usted.

HELENA: Palpitaba dentro de mí.

CLARA: Usted.

HELENA: Su sabor... ¿Ha probado el sabor de la bestia?  
Quien no conoce su sabor, no entiende nada.

CLARA: ¿Le gustó?

HELENA: La cuestión no es esa.

CLARA: Pero dígame, ¿le gustó?; ¿sí o no?

HELENA: El problema no es si me gustó o no, ni si sería capaz de describir su sabor ni compararlo con el de alguna otra cosa. El problema es si querría repetir, si lo buscaría, si le abriría mis labios.

CLARA: ¿Y si la bestia no quisiese? Todo se solucionaría.

HELENA: Todo lo contrario; sería peor.

CLARA: ¿Es así como ocurrió? ¿La rechazó la bestia?

HELENA: ¿Le interesa mi historia?

CLARA: Es simple curiosidad.

HELENA: Venga conmigo. Charlaremos en otra parte.

CLARA: ¿Me está dando largas?

HELENA: Este no es sitio para hablar.

CLARA: Pero a mí no ha dejado de hacerme preguntas.

HELENA: ¿Se siente acosada?

CLARA: Si puedo ser sincera...

HELENA: ¿Por qué no va a poder?

CLARA: ...la verdad es que sí, un poco.

HELENA: ¿Acechada?

CLARA: Tampoco pretendo exagerar.

HELENA: ¿Incordiada? ¿Hostigada? ¿Acorralada? ¿Perseguida como una pieza de caza? ¿Maltratada como un animal salvaje, como una bestia en el monte?

CLARA: No diré nada. Conozco su juego. Intenta compararme con la bestia y hacerme admitir que la bestia soy yo, pero no lo conseguirá. Soy una mujer madura, crecida; he adquirido experiencia y ya no se me engaña con tanta facilidad.

HELENA: ¿Cree en Dios?

CLARA: No pienso contestar.

HELENA: ¿Y en un dios? ¿O en los dioses?... ¿Cree en el más allá, en lo sobrenatural, en las potencias ultraterrenas, en los enigmas, en lo que no tiene explicación, en los fenómenos paranormales, en la

inteligencia superior, en las manifestaciones de otros mundos? ¿Cree en lo sagrado?

CLARA: No pienso contestar.

HELENA: Y entonces, por lo que más quiera, ¿por qué le concede tanta importancia a la intuición? ¿En qué cree que consiste la intuición? ¿Qué es lo que espera de ella?

CLARA: Sé que en algún sitio hay un mundo mejor donde mi hija crecerá más libre.

HELENA: ¿Y más feliz?

CLARA: Más libre.

HELENA: Y si ese es su sueño, ¿por qué se queda aquí? ¿Cree que lo encontrará viniendo cada noche a este lugar, bailando y bebiendo sola, perdiendo su juventud sin hacer nada, sin luchar por nada?

CLARA: No hable de mí cuando hable de usted.

HELENA: Yo no perdí mi juventud; me la perdieron.

CLARA: ¿Tanto odia usted?

HELENA: A su edad, yo también despreciaba. El odio viene después.

CLARA: ¿Me llegará?

HELENA: No lo dude.

CLARA: Pero, ¿por qué?

HELENA: Lo sabrá a su debido tiempo.

CLARA: ¿Todas ustedes odian?

HELENA: Todas.

CLARA: ¿De la misma manera?

HELENA: El odio de todas es igual.

CLARA: Yo no odio. Al primer emboscado ni siquiera lo temo. Ni al segundo, que tampoco está a mi altura. Y la verdad es que lo mismo puedo decir del tercero.

HELENA: Si no tiene miedo, ¿por qué intuye una emboscada?

CLARA: No lo sé. No puedo explicarlo. Tal vez sean ellos los que creen estar emboscados. Sí, son ellos los que se sienten a sí mismos como una amenaza. Pero yo no los veo así. Están equivocados, y no lo saben.

HELENA: Pero una mujer sola es presa fácil.

CLARA: Yo no estoy sola. La tengo a usted; ¿recuerda?

HELENA: ¿Y si me voy?

CLARA: ¿No quería que me fuese con usted?

HELENA: ¿Vendría?

CLARA: No lo sé. No estoy segura. Todavía hay muchas cosas de usted que ignoro.

HELENA: ¿Por ejemplo?

CLARA: Yo sé por qué los desprecio, pero aún no me ha dicho por qué los odia.

HELENA: No, por favor, no insista. No vuelva a hacerme esa pregunta. Me incomoda innecesariamente y ya le he dicho que no tengo ninguna respuesta para eso, y desde luego no pienso preparar una sólo por darle gusto a usted. Cuando tenga una decisión tomada se lo diré, pero no antes, así que no se esfuerce en vano y, sobre todo, no me fuerce a mí.

CLARA: No me gusta la gente con tantos secretos.

HELENA: ¿Me está juzgando?

CLARA: Me limito a ser sincera. Si usted está incómoda conmigo, a mí me desagrada que me vengan con misterios y actitudes poco claras. ¿Acaso se las da usted de algo?

HELENA: Sí, ya veo que me juzga. Pero no crea que la culpo. Sé que he sido yo la que se ha equivocado. Y no me refiero a equivocarme con usted, ahora. Mi

error viene de lejos, pero ese es un tema que no viene al caso.

CLARA: ¿Lo ve? Eso es justo lo que quiero decir: “Mi error, ¡oh!, un tema que no viene al caso”. ¿Por qué se cree tan importante? No, en serio, ¿por qué se cree tan importante?

HELENA: He olvidado su nombre.

CLARA: Lo recuerda perfectamente, Helena.

HELENA: Lamento mucho este malentendido, Clara; prometo no molestarla más.

CLARA: He venido sola.

HELENA: ¿Usted?

CLARA: ¿Le extraña? He venido sola. Sola. Lo prefiero así.

HELENA: ¿Espera a alguien?

CLARA: No me pregunte. No, no espero a nadie. Nunca espero a nadie. Espero a alguien, sí, pero no sé a quién.

HELENA: Nunca.

CLARA: A nadie. Por lo menos, a nadie conocido.

HELENA: ¿Y a alguien como yo?

CLARA: Usted no es nadie. Nunca lo ha sido. No lo es ahora; nunca lo será.

HELENA: ¿Pretende hacerme daño?

CLARA: Las personas como usted son duras, invulnerables. Nada les duele, ni les afecta.

HELENA: ¡Invulnerable! Qué palabra tan extraña.

CLARA: ¿Me creía estúpida, ignorante?

HELENA: Joven. La creía, y la creo, joven. Yo no tengo mucho contacto con ustedes, pero me dicen que los jóvenes de ahora no son como los de antes.

CLARA: Mucho cuidado con lo que dice. Yo no soy “un” joven. Si acaso soy “una” joven. Una, y no uno; ¿estamos?

HELENA: Me llama misteriosa, pero conoce las trampas del lenguaje mejor que yo.

CLARA: Me molesta que me confundan.

HELENA: Me temo que le molestan demasiadas cosas. Más de las que puedo recordar.

CLARA: Usted sabe mi nombre y yo conozco la palabra invulnerable. Estamos a la par.

HELENA: También sé que usted es mujer.

CLARA: ¿Lo ve? Ahí tiene algo que no me molesta.

HELENA: Ante todo, mujer.

CLARA: Y no espere otra cosa de mí.

HELENA: Nunca espero nada de nadie. No antes de conocerlo... o conocerla.

CLARA: ¿Por qué se ha sentado a mi lado si no esperaba nada?

HELENA: Pura casualidad.

CLARA: Había más sitios vacíos, mesas libres. Todavía las hay.

HELENA: Me gustaba esta.

CLARA: ¿Le gustaba?

HELENA: Me senté sin pensar.

CLARA: ¿Nunca piensa lo que hace?

HELENA: No siempre.

CLARA: ¿Ni lo que dice?

HELENA: No siempre.

CLARA: ¿Es usted tonta, inocente o espontánea?

HELENA: A veces todo a la vez.

CLARA: Y a veces nada.

HELENA: ¿Me lo tomo como un insulto o como un halago?

CLARA: No sé. No lo he pensado.

HELENA: ¿Por qué lo prefiere?

CLARA: ¿Venir sola?

HELENA: Sí.

CLARA: No quedar. No estar pendiente de una llamada, una insinuación, una cita provocada. No ir al sitio al que no quieres ir pero no lo dices por no montar una escena. No montarla cuando estás allí y, efectivamente, te disgusta. No vestirse con su ropa favorita. No reírle sus gracias. No escuchar cómo elogia tu rostro, cuerpo, figura, cuando sabes que le da igual una que otra. No tener que explicar que no fumas si te ofrece. No aguantar su olor a gominas, a loción, a sudor; el aliento que se acerca, se te echa encima, que quisiera fundir, confundir con el tuyo. No soportar el asco de una nuez protuberante, de unas manos con pelo; el roce casual de la pierna, de la bragueta. Si estás sola, él no está. Si vienes sola, tú eliges, y eliges estar sola, estar mejor.

HELENA: También yo estoy sola.

CLARA: Ya se ve.

HELENA: ¿No te interesa mi historia?

CLARA: ¿Acaso ahora me la va a contar?

HELENA: Te entiendo perfectamente.

CLARA: ¿Hablamos de su vida o de la mía?

HELENA: Me alegra que creas que estamos hablando.

CLARA: No sea torpe. Llevamos mucho rato haciéndolo aunque no digamos nada, y eso que yo he dicho mucho sobre mí.

HELENA: Tampoco a mí me gustan los hombres.

CLARA: Yo no he dicho que no me gusten. He dicho que me dan asco.

HELENA: ¿Te gusto yo?

CLARA: No parece un hombre.

HELENA: No lo soy.

CLARA: Tampoco he dicho que me gusten las mujeres.

HELENA: ¿Quién habla de las mujeres? Hablo de mí.

CLARA: ¿De verdad se ha sentado aquí por casualidad?

HELENA: No.

CLARA: Estoy embarazada.

HELENA: Eso creía.

CLARA: Me he acostado con un hombre.

HELENA: Ya lo supongo.

CLARA: No lo haré nunca más.

HELENA: En eso somos iguales.

*Madrid, 1999*

**BÉSAME MACHO**

obtuvo el  
Premio Nacional de Teatro  
Calderón de la Barca 2000

El jurado estuvo compuesto por:

**Cristina SANTOLARIA**

**Antonio GARDE**

**José Luis MIRANDA**

**Helena PIMENTA**

**Ignacio AMESTOY**

**José Ramón FERNÁNDEZ**

y **Alberto DE CASSO BASTERRECHEA**

Y presidido por:

**Andrés AMORÓS**

Director General del INAEM

Pedro Manuel Vllora ha bajado a los infiernos. Es una tentación casi irresistible en la que caen -por favor, utilicemos el verbo en su sentido meliorativo- casi todos los escritores. O el abismo está en los otros (Sartre) o en nuestra propia destrucción (Rimbaud). En cualquier caso, la autopsia del yo nos fascina. No se trata sólo de averiguar qué hacemos aquí, sino si merecemos el castigo de haber llegado. En otras palabras: ¿Qué hemos hecho para descender tan bajo? ¿Quiénes somos? ¿Qué animal nos ha engendrado tan abrumadoramente hostiles? Y, sobre todo, ¿a quién hemos de parir con salvaje entusiasmo? A estas elementales preguntas intenta responder el autor de *Bésame macho* con geométrica desesperación.

**Adolfo MARSILLACH**



Centro de Documentación Teatral



MINISTERIO  
DE EDUCACIÓN,  
CULTURA Y DEPORTE

INSTITUTO NACIONAL  
DE LAS ARTES  
ESCENICAS  
Y DE LA MUSICA